

á cuantos les hacian la guerra. Orkan la sitió inútilmente en 1315; y los caballeros, en vez de ceder, tomaron á Esmirna, conservándola desde 1343 á 1401, año en que les fué arrebatada por Tamerlan. La órden se enriqueció con los despojos de los Templarios, abandonados á ella cuando estos fueron abolidos. Despues, en el capitulo general celebrado en Montpellier por Elion de Villeneuve, la religion se dividió en ocho lenguas, Auvernia, Provenza, Francia, Italia, Aragon, Castilla, Inglaterra, Alemania; á esta última pertenecian los prioratos de Dinamarca, Suecia y Hungría. En otro capitulo celebrado en Aviñon se mandó redactar los estatutos de la órden.

Mahomet conoció la importancia de aquella isla, y en cuanto estuvo libre su escuadra, la dirigió contra Ródas. Juan Bautista Orsini, trigésimo octavo gran maestre, llamó á la defensa á los caballeros de todas las lenguas. Celebró la paz con el sultan de Egipto y el príncipe de Túnez para poder sacar trigo de África; despues hizo que la órden le confriese un poder absoluto sobre los bienes y las fuerzas mientras durase la guerra. Melid-bajá se presentó delante de Ródas con ciento sesenta velas, y habiendo desembarcado cien mil hombres, sitió la capital; pero tan prodigioso fué el valor de los caballeros, que los Turcos se vieron obligados á retirarse, despues de ochenta y nueve dias de asedio, dejando nueve mil muertos y llevándose trece mil heridos.

Entretanto los Otomanos habian invadido con frecuencia la Estiria y la Carintia; á cuarenta mil que entraron en la Transilvania se opuso Esteban Batori, que pereció en la pelea; pero con él sucumbieron treinta mil enemigos.

Á Venecia se le habian asegurado privilegios en Constantinopla y ademas sus posesiones; pero estas, á medida que los musulmanes se iban extendiendo, quedaban como islas en medio de una inmensa inundacion, prontas á ser sumergidas. Un leve motivo hizo que se rompiesen las hostilidades. Habiendo robado un esclavo del bajá de Atenas cien mil aspros, huyó á Corone; y como se negasen los Venecianos á entregarle porque era Cristiano, estalló la guerra. Los Turcos se apoderaron de Argos; pero Venecia consiguió recobrarlo, y se dispuso á secundar la Cruzada de Pio II, de que hemos hablado ántes. Habiendo quedado esta sin efecto, Mahomet proclamó la guerra santa, y se adelantó contra Negroponto con cuatrocientas naves y trescientos mil soldados. Tres veces la atacó; pero Nicolas Canale le rechazó, sirviéndose de piezas de artillería que disparaban hasta cincuenta y cinco tiros cada dia: sin embargo, la ciudad fué tomada al cabo, defendiéndose calle por calle. Pablo Erizo, que mandaba la ciudadela, se rindió con la condicion de salvar su cabeza, y en efecto, Mahomet no la tocó; pero se le hizo aserrar en venganza de los setenta mil Turcos que perecieron al pié de las murallas de la heroica ciudad.

Entónces los Turcos parecieron formidables tambien en el mar; por lo cual Paulo II excitó á los Italianos á formar una liga, que en efecto se ajustó entre Fernando de Nápoles, el rey Juan de Aragon, Venecia, Milan, Florencia, los duques de Módena y Ferrara, los marqueses de Mantua y Monferrato, el duque de Saboya y las repúblicas de Siena y Luca. La muerte del pontifice y las envidias que surgieron entre los pequeños potentados de Italia, no permitieron que produjese ningun fruto. Sixto IV consiguió, sin embargo, reunir algunas fuerzas, y se unió con Ussum-Cassan de Persia, que invadió el Asia Menor; pero desprovisto de artillería y de valor, no tardó en retirarse, y los Venecianos quedaron casi solos. En el sitio de Scútari un corto número de ellos se sostuvo heroicamente contra un nublado de Turcos; lo mismo aconteció en Lepanto; pero los Turcos prevalecieron, y llevaron la esclavitud y la peste al Isonzo y al Tagliamento. Por último, en la paz Venecia cedió á Scútari y cuanto habia adquirido en aquella guerra, conservando la jurisdiccion en Constantinopla y la exencion de los derechos de aduana, mediante una suma de diez mil ducados anuales.

Hablarémos en otro lugar del espanto que causaron los Turcos cuando desembarcaron en Italia y saquearon á Otranto; solo que la tempestad pareció disiparse, cuando Mahomet terminó sus dias á la edad de cincuenta y un años, diciendo: *Quería conquistar á Ródas y la Italia*. La alegría que su muerte causó á los Cristianos, probó cuán temido era. El papa Sixto IV, que se disponia á huir á Aviñon, mandó hacer fiesta como en domingo, y solemnizar la noticia durante tres dias con descargas continuas de artillería y procesiones generales.

Entretanto el imperio de Oriente habia sido borrado del mundo, pereciendo aquella Grecia de quien la Europa habia recibido la civilizacion (1). Pero no; no ha perecido un país mientras subsisten los elementos de su nacionalidad. Una misma religion unia á los Griegos contra los sectarios de Mahomet; hablaban todavía la misma lengua, en la que repetian los cantos nacionales, protesta incesante contra el yugo. Ademas, muchos se habian librado de este, refugiándose en las montañas y conservando la costumbre de la resistencia. Desde las alturas del Pelion, del Olimpo, del Pindo Tesálico y de los montes Agrafa, bandas de Griegos caían de tiempo en tiempo sobre los Turcos, que los llamaron *Cleptos*, es decir, ladrones, y obligaron á los conquistadores á tratar con ellos y á reconocer se independencian. Los Griegos de la llanura, cuyos campos tampoco respetaban los Cleptos, tuvieron que armarse contra ellos, é instituyeron una milicia (*Armatoli*) con capitanes particulares; pero estos mismos, cuando los bajás eran demasiado exigentes, se rebelaban y

(1) El Libro XV, cap. 8, trata de la constitucion del imperio otomano y de los países que le estaban sometidos.

se volvian tambien Cleptos, perpetuando la rebelion. Algunos que no pudieron resignarse á la servidumbre, emigraron, y Génova los acogió en la isla de Córcega (1), como Nápoles y Sicilia en sus valles.

La Europa compadeció ya tarde la suerte de los Griegos; despues los olvidó; únicamente los poetas se transmitieron de edad en edad el último derecho de desgracia, la compasion; y excitaban de continuo á libertar la Grecia de sus opresores. Cuando un pueblo no ha perdido sus recuerdos, cuando las letras hacen resonar á sus oídos de tiempo en tiempo un episodio memorable, está destinado á resucitar. Y ha resucitado.

## CAPÍTULO V

España. — Expulsion de los Moros.

Mientras el islamismo triunfaba en estos países, sucumbia en otra comarca de Europa. Las victorias del Cid, de San Fernando, del rey Jaime, y el señalado triunfo alcanzado en la llanura de Tolosa, habian sido preludios de la total expulsion de los Moros de España; y sin embargo, se prolongó mucho en aquel palenque la lucha entre los Bárbaros del Norte, detenidos por el Océano, y los Bárbaros del Mediodía que el Océano habia conducido allí. Cuando estos no tuvieron que defender ya toda la Península, sino algunas provincias y un corto número de ciudades, la concentracion de las fuerzas hizo mas difícil el destruirlos; y en vez de hallarse mezclados con los Cristianos y en un estado de continua desconfianza, los obligaban á renegar ó á huir. Por su parte los Españoles no toleraban tampoco á los mahometanos que se agolpaban de consiguiente á las provincias de que aun eran dueños sus hermanos, limitándose últimamente al solo reino de Córdoba, esto es, á los países al Sudeste de la Península, protegidos por las alturas de la Sierra Nevada y de la Sierra de Loja.

Semejantes á Anteo, los musulmanes sacaban fuerzas de la Libia, cuyos príncipes les enviaban socorros, y nunca inútilmente. Es verdad que aquellas tropas auxiliares llegaban á ser funestas para los dominadores que habian reclamado su venida, acabando por despojarlos de sus posesiones; pero el poder que reemplazaba al antiguo tenia todo el vigor de la novedad; al contrario de los Cristianos, los cuales, á medida

(1) Eran Mainotas ó Espartanos. Génova les impuso el diezmo de los frutos y cinco libras por hogar, asignándoles las tierras baldías de Paonia, Recida y Piassologna, que pronto fueron cultivadas y pobladas. En reconocimiento permanecieron fieles á Génova contra los Corsos, y precisados por las fuerzas superiores de estos á embarcarse para Ajaccio, dejaron veintisiete Griegos encerrados en la fortaleza de Uncivia, que durante cinco dias rechazaron los ataques de dos mil quinientos Corsos, y al fin se retiraron tambien á Ajaccio. Los restos de esta colonia se encuentran hoy en Cargese y Ajaccio, con las costumbres, usos y cantos de su antigua patria.

que adquirian la posesion tranquila de sus provincias, deponian el denuedo que habian mostrado en los momentos de peligro, cuidándose poco de que los Moros prosperasen en provincias lejanas, ni de que amenazasen á países con los cuales no sabian unirse en una fraternidad nacional.

Alargóse, pues, la lucha; pero ahora vamos á ver á los diferentes dominios cristianos que surgieron al descomponerse la monarquía mora, constituir un cuerpo y borrar la ignominia de la servidumbre extranjera.

La Navarra, olvidada en medio de sus montañas y de ningun peso en la lucha nacional, habia sido llevada por Juana I á los reyes de Francia, que la poseyeron hasta que Juana II alegó sus derechos á la corona, é hizo proclamar rey á Felipe, conde de Evreux, su esposo, jurando muchos privilegios á las córtes, como los de no acuñar moneda nueva mas que una vez en cada reinado, no vender ni empeñar los dominios reales, confiar el mando de las fortalezas solo á los indígenas, y ceder el gobierno á su hijo mayor apénas cumplierse los veinte años. Felipe peleó valerosamente contra los Ingleses en Francia, y fué apellidado el Bueno; pero la perversidad de su hijo Carlos II el Malo causó males mas graves, por estar unida á los dones del talento y á las ventajas corporales. Este príncipe, despues de haber oprimido á sus súbditos y excitado disturbios en Francia, para recobrar sus fuerzas debilitadas por los excesos, mandó que le envolviesen en una sábana empapada en aguardiente, y prendiéndose fuego por casualidad, acabó sus dias de una manera terrible.

Carlos III, llamado el Noble, dejó respirar el reino durante una larga paz, y habiendo terminado en él la casa de Evreux, la corona pasó con Blanca, su hija, á Juan de Aragon, hijo de Fernando I. Á la muerte de Blanca, habiéndose negado Juan II á ceder el reino á su hijo Don Carlos, segun la Constitucion lo prescribia, sobrevino entre el padre y el hijo una guerra seguida con vária fortuna. Sucediéronse príncipes débiles, hasta que Fernando el Católico ocupó la parte situada al Sud de los Pirineos; quedó la otra á lo antigua estirpe, y Juana III de Albret la llevó en dote á Antonio de Borbon, padre de Enrique IV, quien reunió este país á la Francia en 1589.

Portugal florecia á la sazón bajo Dionisio, padre de la patria, y de quien el pueblo dice que *hizo cuanto quiso*. Tan generoso y liberal como prudente y activo, amó el saber, compuso versos y fundó la universidad de Lisboa, trasladada despues á Coimbra. Pulióse el idioma, y se escribió en él. Dionisio mandó plantar bosques de pinos para detener las arenas que invadían el suelo de Leiria, y organizó la extraccion del oro y el hierro de las minas; tomó de los Genoveses mejoras para la marina, que pronto debia convertir á los Portugueses en el pueblo de mas vasta dominacion. Cuando el papa supri-

Navarra.  
1328.

1349.

1386.

1425.

1444.

1555.

Portugal.  
1279.

1291.

mió los Templarios, Dionisio quería conservarlos en sus Estados, en consideración á los servicios que había recibido de ellos contra los Moros; pero como se opusiera á ello Juan XXII, los hizo ingresar con sus bienes en la orden de Cristo, cuyos estatutos eran los mismos de la orden de Calatrava. En suma, tantas excelentes medidas llevó á cabo aquel monarca, que los Portugueses refieren á su reinado todas las buenas instituciones, aun las de posterior fecha.

1325. Alfonso IV, su hijo, había perturbado con la guerra civil (1) los últimos años de su padre, por celos de su hermano natural Alfonso Sánchez, á quien condenó arbitrariamente tan luego como ascendió al trono; pero este príncipe defendió á mano armada su persona y sus posesiones. En otro lugar hablaremos de las guerras que Alfonso IV sostuvo con Castilla y con los Moros, guerras que le valieron el sobrenombre de Osado. Pedro, su hijo, había contraído esponsales con Blanca de Castilla; pero habiendo anulado las córtes el matrimonio, á causa de defectos corporales de la infanta, resultaron de aquí enemistades con aquel reino. Casóse Pedro con Constanza, hija del marques de Villena y Escalona, conservando, no obstante, relaciones con Ines de Castro, su prima, á la cual, habiendo quedado viudo, tomó en secreto por esposa. Temerario Alfonso de que desheredase á los hijos de Constanza, le preguntó si se había casado con Ines, y oyéndole responder negativamente, quiso obligarle á contraer otro matrimonio: negóse á ello, y su padre accedió á las instigaciones de sus ministros, permitiéndoles dar muerte á la que tenía por dama de su hijo. Pedro, trasgado de dolor, se rebeló, como Alfonso se había rebelado contra su padre, y aunque al celebrarse la paz, prometió perdonar á los que habían aconsejado aquel asesinato, apenas se ciñó la corona, mandó que les arrancáran el corazón en su presencia y que se tributáran al desenterrado cadáver de Ines los honores reales (2): de aquí el sobrenombre de

Ines de Castro.

335.

1357.

(1) Para pacificarle, se interpuso Santa Isabel de Portugal, mujer de Dionisio, é hija de Pedro de Aragon. — 1336.

(2) El mejor historiador de aquel tiempo, Fernando López, nada dice de la coronación póstuma de Ines, ni de otras circunstancias poéticas del hecho. Habla solamente de una reparación de honor, tributada por Don Pedro á aquella con quien había contraído secreto matrimonio. El conde de Barcellos se expresa del modo siguiente ante los Estados y altos funcionarios: « Amigos, habéis de saber que el rey, nuestro señor, hoy reinante, hallándose en el pueblo de Eraganza, en vida del rey Alfonso, su padre, tomó por esposa legítima á Ines de Castro, hija de Don Pedro Fernández de Castro, y que ella le adoptó por marido, cumpliendo todos sus deberes hasta la hora de su muerte. Como esta union no se publicó en el reino durante la vida del rey Alfonso, á causa del miedo que le tenía su hijo, por haberse casado sin su orden ni consentimiento; por estos motivos el rey, nuestro señor, en el día, para desagravio de su alma y para decir la verdad, y no dejar duda á algunos que no saben si este matrimonio existió ó no, ha prestado juramento sobre los Santos Evangelios y dado fe y testimonio de que las cosas pasaron segun os he dicho. Hallaréis la prueba de ello en un acta extendida por el notario Gonzalo Pérez, aquí presente; y veréis además la declaración del obispo de Guardia y de Estéban Lobato, aquí presentes, que asistieron al matrimonio. Entónces mandó leer ambas declaraciones. Y como la voluntad del rey, nuestro señor

Justiciero ó Cruel, que mereció, no solo á causa de las víctimas inmoladas á su implacable amor, sino tambien por el rigor con que trató á los eclesiásticos y á los nobles, al paso que se hacía amar del pueblo disminuyendo los impuestos y manteniendo la justicia.

Fernando, su hijo, dispuso el caudal que Pedro le había dejado, y alteró la paz del reino declarando la guerra á Castilla. Esta, durante la menor edad de Fernando IV, había sido trastornada por las rivalidades entre las familias de Haro, de Lara, de la Cerda y de otros príncipes que pretendían la corona. Así, pues, Dionisio de Portugal, el rey de Aragon y el de Granada invadieron el país, presa de la anarquía, conjurándose la fuerza y la perfidia para perturbar la regencia de la sábia María de Molina, y luego el reinado de Fernando. Este peleó con fortuna contra los musulmanes, y murió el mismo día que le anunciaron los dos hermanos Carvajales, condenados por él á muerte de una manera arbitraria; lo cual le valió el sobrenombre de Fernando el Emplazado.

Reanimáronse las ambiciones y las rivalidades en la infancia de Alfonso XI, que contó tambien con el apoyo de su prudente abuela. Apenas tuvo el poder en sus manos, lo ejerció con tanta dulzura respecto de sus súbditos, como severidad para con los bandos que se habían formado durante las antiguas facciones. Reprimió las nuevas por medio del rigor y de los suplicios. Feliz en sus guerras contra los Moros, acababa de poner sitio á Gibraltar, cuando murió de la peste. Con el Judío que tuvo por ministro de hacienda, empezó el favor que los reyes dispensaron á los hombres de esta nacion en materias administrativas, oponiéndolos á los grandes.

Alfonso había tenido por dama á Leonor de Guzman, que le dominó hasta su muerte, y de la cual le nacieron diez hijos. Pedro el Cruel, su sucesor, la hizo matar al poco tiempo de

» es que esto no permanezca mas tiempo oculto, sino que todos lo sepan, para desvanecer las dudas que han podido subsistir hasta ahora, me ha mandado ilustraros de todo, á fin de ahuyentar la sospecha de vuestros corazones. Pero como algunos, en oposicion de lo que os digo, y de lo que se os ha leído y declarado, podrian manifestar que esto no tenia valor sin una dispensa, atendido el grande impedimento de ser prima del rey, nuestro señor, me ha mandado instruirlos de todo, presentándoos esta bula, por la cual el papa le permite casarse con cualquiera mujer, aun siendo parienta mas próxima que Doña Inés. »

Respecto del castigo impuesto á los asesinos, se expresa así:

« Álvaro González y Pedro Coello fueron arrastrados á Portugal y conducidos á Santarem, donde estaba el rey Don Pedro. El rey, complaciéndose en su venganza, se mostró afidísimo de que Diego López se le hubiese escapado muriendo. Los hizo poner sin piedad y por su mano en el tormento, queriendo que confesáran hasta qué punto se habían manchado con la muerte de Doña Ines, y lo que su padre había maquinado contra ella, cuando fueron á asesinarla. Ninguno de los dos respondió á sus preguntas, y el rey, segun dicen algunos, hirió en el rostro á Pedro Coello, quien le dirigió palabras afrentosas, llamándole traidor, perjuro, verdugo. Por último, el rey mandó que les dieran muerte y que les arrancasen los corazones, y dijo al que se los arrancó que aquel era un oficio gracioso. »

Enrique de Trastámara. 1351. María de Padilla. 1361. Castilla. 1367. ceñirse la corona. Enrique de Trastámara, hijo de Leonor, huyó á Aragon con gran trabajo y reunió allí á los fugitivos y á los descontentos, cuyo número crecía constantemente con la conducta de Pedro. María de Padilla, su dama, le enemistó con su madre, le indujo á repudiar á Blanca de Borbon, á los tres días de matrimonio, y á darle muerte, despues de siete años de encierro. En breve abandonó tambien á su nueva esposa Juana Fernández de Castro, para tornar á los brazos de la Padilla. Sus delitos suscitaron levantamientos, que le servían de pretexto para cometer otros nuevos, y en su rigor no respetó ni á su madre ni á los hijos de su padre; ántes al contrario mandó inmolár á los que pudo coger, y en la sala humeante con su sangre hizo servir un banquete. Habiendo ido á pedirle la paz Abu-Said, su competidor al trono de Granada, le degolló á su salvo, en union de treinta y cinco personas de la comitiva, para apoderarse de su oro.

Otro Pedro, no ménos malo que los dos que reinaban á la sazón en Portugal y en Castilla, y mas perverso y pérfido que ellos, ocupaba el trono de Aragon. Declaró la guerra á Pedro el Cruel, para vengar al hermano que este le había muerto, y entónces el rey de Castilla mató á la suegra de aquel y á los hijos de Enrique de Trastámara, que mandaba el ejército enemigo. Enrique se lanzó con mas ardor á la venganza, ayudado por los reyes de Francia, de Aragon y de Navarra, y por el intrépido Beltran Duguesclin. Este, viendo á la Francia destrozada por las bandas de aventureros que, durante la suspension de la guerra pública, se dedicaban á la privada, marchó á sus campamentos y les ofreció doscientos mil florines, con promesa de igual cantidad si querían acompañarle á una expedicion contra los Moros, y de paso contra otro. Aceptaron, y muchos jóvenes de la nobleza desearon probar, su valor á las órdenes de tal jefe. Al cruzar por el territorio de Aviñon, envió á pedir al papa el perdón de sus pecados y doscientos mil florines: se le concedió lo primero; pero acerca de lo segundo, hubo sus dificultades, si bien al cabo fué preciso acceder.

1365. Entrando entónces en Castilla, proclamaron á Enrique, y acosaron vivamente á Pedro, el cual, obligado á huir, se refugió primeramente en Córdoba, luego en Sevilla, y por último, en Portugal, donde halló un asilo junto al obispo de Santiago. En recompensa le degolló, y apoderándose de sus tesoros, se dirigió á Burdeos á implorar el socorro del príncipe Negro, Eduardo de Inglaterra, que á la sazón hacía la guerra á la Francia. El príncipe inglés abrazó su causa, y al otro lado de los Pirineos se encontró de nuevo enfrente de Duguesclin, contra el cual había combatido ya en el territorio frances. Cada uno á la cabeza de cien mil hombres vinieron á las manos en Navarrete, cerca de Segovia: Pedro y los Ingleses triunfaron, y el ejército castellano apeló á la fuga. Duguesclin resistió solo, apoyado contra una muralla;

Batalla de Navarrete. 1367.

Duguesclin.

Castilla.

1367.

1312.

1350.

1350.

derribó á Don Pedro y encaminándose adonde estaba Eduardo, le dijo: « Á lo ménos, no habré rendido mi espada sino al mas valeroso príncipe de la tierra. » Vuelto en sí Don Pedro, se avalanzó á él, y le hubiera dado muerte, si el príncipe Negro no hubiese protegido á su noble prisionero. Pero no pudo librar al país de las horribles venganzas del monarca, ni obtener el cumplimiento de lo estipulado, retirándose por lo tanto descontento. El señor de Albret le dijo un día: « El mundo pre-tende que solo por miedo tenéis prisionero á Duguesclin, » y en seguida le puso en libertad.

Enrique, que había huido á Tolosa, logrando penetrar con un disfraz de peregrino en la prision de Duguesclin, se dedicó, en union de este, á reunir soldados, y mas prudente ó mas afortunado, venció á su rival. Habiendo sido preso Don Pedro mientras huía, en cuanto descubrió á Enrique se apoderó de la espada de un soldado y le atacó; empeñóse una terrible lid entre los dos hermanos, y el rey de Castilla expió con su sangre la mucha que había derramado (1).

(1) « Y allí (concluye el impasible Ayala) murió el rey Don Pedro el 23 de marzo de dicho año... Había dado muerte á muchos hombres durante su vida, y por eso le aconteció esta desventura. » *Crónica del rey Don Pedro*, pág. 331.

Don Pedro ha sido representado con los mas negros colores por los romancesos y bajo un hermoso punto de vista por los trágicos. Sin embargo, existe un romance que prueba la diversidad de opiniones que desde entónces había acerca de su persona:

« Á los piés de Don Enrique  
Yace muerto el rey Don Pedro,  
Mas que por su valentía  
Por voluntad de los Cielos.  
Al envainar el puñal  
El pié le puso en el cuello,  
Que aun allí no está seguro  
De aquel invencible cuerpo.  
Riñeron los dos hermanos,  
Y de tal suerte riñeron,  
Que fuera Cain el vivo  
A no haberlo sido el muerto.  
Los ejércitos movidos  
A compasion y contento,  
Mezclados unos con otros  
Corren á ver el suceso.  
Y los de Enrique  
Cantan, repican y gritan:  
¡ Viva Enrique!  
Y los de Pedro  
Clamorean, doblan, lloran  
Su rey muerto.  
Unos dicen que fué justo,  
Otros dicen que mal hecho;  
Que no es rey cruel, si nace  
En tiempo que importa serlo.  
Y que los yerros de amor  
Son tan dorados y bellos  
Cuanto la hermosa Padilla  
Ha quedado por ejemplo,  
Que nadie verá sus ojos,  
Que no tenga al rey por cuerdo,  
Mientras como otro Rodrigo  
No puso fuego á su reino.  
Los que con ánimos viles,  
Ó con lisonja, ó por miedo,  
Siendo del bando vencido,  
Al vencedor siguen luego;  
Valiente llaman á Enrique,  
Y á Pedro tirano y ciego,  
Porque amistad y justicia  
Siempre mueren con el muerto. »

1368.

1369.

Enrique II ascendió al trono de Leon y de Castilla, por derecho de conquista, por aclamación del pueblo y por mérito personal; pero el sucesor legítimo hubiera sido Fernando de Portugal (1). Esto produjo la guerra de que hemos hablado anteriormente. Enrique, tan cuerdo como valeroso, empleó las riquezas encontradas á Pedro en pagar los terribles bandos de aventureros, licenciándolos en seguida. Castigó al rey de Granada; equipó una escuadra con que derrotó la de los Portugueses; incorporó á su reino la Vizcaya, antemural de la Navarra y la Gascuña, y dirigiendo nuevamente sus armas contra Fernando hasta Lisboa, incendió la escuadra portuguesa, prendió fuego á la ciudad, y le obligó á pedir la paz, y á poner al servicio del rey de Francia cinco navas equipadas.

Esta guerra habia dejado exhausto á Portugal, y empeoraba su situación Leonor Téllez de Meneses, mujer intrigante que indujo á Fernando á que le diera la mano de esposo, á pesar de haberse sublevado el pueblo de Lisboa para estorbar tal enlace. Todo se hizo desde entonces por intrigas de la nueva reina, atenta á quitar la vida ó el crédito á los que pudiesen disputarle el mando. Arrastró á nuevas guerras á Fernando, deshonra de la corona, salvo su dulzura como su padre habia sido honor de ella, salvo su crueldad.

1383. El trono pertenecía á la infanta Doña Beatriz; pero como se la reputaba adúltera, muchos se presentaron á disputárselo, y con mas vigor que los demas, Juan, hermano natural de Fernando, gran maestro de la orden de Avis. Este, fiándose en el odio que la regenta habia suscitado, asesinó en el palacio á su amante, insurreccionó al pueblo de Lisboa, é hizo que se le proclamase protector mientras nacía un hijo á Beatriz. Pero Juan de Castilla, marido de esta, llegó á la cabeza de un ejército, favoreciéndole las rivalidades de la nobleza y la incertidumbre de un nuevo reinado; Leonor le cedió la regencia, mas poco despues, en virtud de ciertas acusaciones, fué encerrada en un convento. En breve la epidemia obligó á los Castellanos á emprender la retirada: entonces el gran maestro convocó las córtes en Coimbra, donde el sabio jurisconsulto de Régras, discípulo de Bártulo,

La tragedia del maestro,  
La muerte del hijo tierno,  
La prision de Doña Blanca  
Sirven de infame proceso.  
Algunos pocos leales  
Dan voces pidiendo al Cielo  
Justicia, pidiendo al rey,  
Y mientras que dicen esto,  
Los de Enrique, etc.  
Llora la hermosa Padilla  
El desdichado suceso  
Como esclava del rey vivo,  
Y como viuda del muerto.  
¡Ay, Pedro! que muerte infame  
Te han dado malos consejos,  
Confianzas engañosas,  
Y atrevidos pensamientos, etc. »

(1) Su padre, Pedro el usticiero, habia nacido de Beatriz hermana de Fernando el Emplazado.

demonstró que los derechos de Beatriz eran nulos, y mejores los del mas fuerte; en consecuencia, fué proclamado rey el gran maestro, y dió á su dinastía el bautismo de la victoria en Aljubarrota (1).

Juan I sostuvo con honor el cetro de que se habia apoderado por medio de la intriga. Rechazó al rey de Castilla, que continuó la guerra tan solo por salvar su honra. Habiendo obtenido dispensa de los votos de gran maestro, contrajo matrimonio con Filipina, hija del duque de Lancáster, de la cual tuvo cinco hijos, todos mencionados por la historia: Eduardo, que le sucedió; Pedro, duque de Coimbra y de Montemayor, cuya erudicion era grande; Enrique, duque de Visco, gran maestro de los caballeros de Cristo, matemático; Juan, gran maestro de Santiago de Portugal, y Fernando el Santo, gran maestro de la orden de Avis; además Alfonso, hijo natural (2). Á fin de que mereciesen las espuelas de oro, dirigió una expedicion á la costa de África, donde se apoderó de Ceuta, guarida de piratas. Con esta conquista empezaron las expediciones marítimas de que hablaremos largamente en el próximo libro, y en que se señaló el infante Don Enrique, inmortalizando su divisa: *Voluntad de obrar bien*.

El nuevo rey hizo traducir al portugues, por su canciller Juan de Régras, el código de Justiniano, con las glosas de Bártulo y Accursio, para que supliendo en los casos en que guardaban silencio las antiguas leyes visigodas, llegase á ser el código de Portugal (3). Estableció en Lisboa la capital del reino; abolió la era de España (4), y con una nacion inquieta como los Portugueses y un trono usurpado, supo conservar la paz por espacio de cuarenta años en el país y en el seno de su familia. Por su testamento reconoció la representacion en el derecho público de Portugal.

Eduardo, que le sucedió, prosiguió tanto las expediciones marítimas como la guerra de África. Su hermano Fernando puso sitio á Tánger; pero habiéndole cogido en medio el rey de Fez, tuvo que capitular por hambre, obligándose á evacuar el África y hasta Ceuta. Negáronse las córtes á ratificar el tratado, y el infante, que se habia entregado en rehenes, quedó prisionero hasta el fin de su vida (5).

(1) Los Portugueses tenian entonces la costumbre, conservada por largo tiempo, de hacer, al arrojar sobre el enemigo horribles gestos, como para espantarlo. La voz de mando de los oficiales era: *cara fero ao enemigo*.

La señalada victoria en Aljubarrota se celebraba todos los años con una bacanal, en que un orador exaltaba el valor de los Portugueses, insultaban al mismo tiempo la cobardía de los Castellanos con injurias groseras que el pueblo repetía en medio de aplausos y de aullidos. « Pero (dice Mariana) algo se ha de perdonar al júbilo que inspira la libertad de la patria. »

(2) La educación é historia de estos príncipes es muy interesante en el *Leal Conselheiro*, obra de Eduardo.

(3) *Ordenações do reino de Portugal*. Lisboa, 1512.

(4) Empezaba 38 años antes de J. C. Fué abolida en Castilla en 1383, en Valencia en 1339, en Aragon en 1339.

(5) Con el título de *Príncipe Constante* le han cantado los poetas. Véanse nuestros documentos de LITERATURA.

Eduardo, dotado de un carácter dulce y amigo de las letras, murió de la peste, dejando un hijo de edad de siete años, que fué Alfonso V. Los disturbios que se suscitaron con motivo de la regencia, produjeron una guerra civil. Accediendo este príncipe á las exhortaciones del papa Calixto III, dispuso una expedicion contra los infieles; desembarcó en Ceuta, y tomó á Arzila (*Julia Constantia*) y á Tánger; pero le impidió proseguir sus triunfos la ambicion de alcanzar el trono de Castilla, como esposo de Juana, que debia heredarlo. Frustrada su tentativa y engañado por Luis XI con vanas palabras, creyó que ya podia reinar dignamente, y abdicando en favor de su hijo, se puso en camino hácia Jerusalem; pero corrieron en su alcance y le persuadieron á que volviese por no querer su hijo aceptar la abdicacion á ningun precio. Entonces se vió obligado á empuñar de nuevo las riendas del gobierno, y terminó la guerra con Castilla, dejándola á la infanta Isabel. Abdicó por último definitivamente, y murió de la epidemia, despues de haber preparado, durante un reinado de cuarenta y tres años, los brillantes triunfos de Juan II y de Manuel. Con él terminó la edad média de Portugal, introduciéndose al poco tiempo la literatura clásica en vez de aquella en que habian poetizado todos los reyes que acaban de mencionarse. Alfonso fundó una biblioteca, y quiso que el Italiano fray Justo Baldino escribiese la historia portuguesa en latin; además, el derecho nacional fué modificado por el romano.

En Castilla, Enrique II de Trastámara habia dirigido muchas veces sus armas contra la Guena Inglesa y contra la Navarra; pero al paso que Pedro el Cruel habia aspirado á resistir los ataques de la aristocracia, apoyándose en los oprimidos, en los Judíos y en los musulmanes, Enrique, cómplice de los grandes, no pudo negarles cosa alguna, de consiguiente recuperaron su arrogancia y retardaron la expulsion de los Moros. Juan I, su hijo, además de la desgraciada expedicion á Portugal, tuvo continuas disensiones con el duque de Lancáster, señor de la Guena; sin embargo, acabó por afianzar en su familia la corona de Castilla y de Leon, decretándose que el heredero presunto del trono llevase siempre el título de príncipe de Asturias.

1339. El primero que lo llevó fué Enrique III, el cual se ocupó en consolidar la obra de sus antecesores. Al volver de caza cierto dia, no encontró nada que comer, y como su mayordomo le dijese que no habia en caja ningun dinero, ni tenia crédito, ni cosa que poder empeñar, le dió su gaban, y en seguida se dirigió al sitio en que rivalizando en magnificencia, celebraban un banquete los condes de Trastámara, de Villena, el duque de Medinaceli, los Velázquez, los Guzmanes y el arzobispo de Toledo. Oyóles hacer alarde de sus riquezas y de las pensiones que recibian del tesoro, y al dia siguiente los envió á llamar, presentándose en medio de ellos

armado y con la espada en la mano. Todos se levantaron; él tomó aliento, y les fué preguntando sucesivamente cuántos reyes habian conocido. Quien respondia que dos, quien que tres: « Y yo, dijo entonces Enrique, he conocido veinte reyes en Castilla. Sí, vosotros sois otros tantos reyes para desgracia del país y afrenta mia; pero desde este instante habéis concluido de reinar, y de burlaros del verdadero rey. » Inmediatamente llamó á los verdugos, que llegaron con una fuerte escolta. Los grandes, llenos de espanto, se postraron ante él, prorumpiendo en lágrimas y en promesas, por lo cual el rey los perdonó; pero habiendo convocado las córtes en Madrid, dijo: « El erario se halla exhausto, y solo hay dos maneras de llenarlo, ó imponer nuevas contribuciones, ó revocar las donaciones hechas por mis tuitores. » Aplaudió la asamblea: quedaron anuladas las donaciones, el sueldo de los militares se disminuyó, y los señores que trataron de oponerse á estas reformas fueron castigados. Los Granadinos, temerosos, le prestaron homenaje; hasta Tamerlan solicitó su alianza, y es indudable que Enrique hubiera dirigido sus armas contra los infieles á no impedírsele su quebrantada salud. Edificó el alcázar de Madrid, que fué residencia de sus sucesores.

El reino sufrió grandes trastornos durante la menor edad de Juan II, á pesar de que su tío Fernando, no ménos valiente que generoso, extendió las conquistas hechas á los Moros de Granada. Pero en primer lugar su madre, despues el ministro Don Álvaro de Luna, y por último su segunda esposa Isabel de Portugal, le impulsaron á cometer actos de flaqueza y de crueldad, origen de remordimientos tardíos que alteraron su razon. Su reinado se pasó en continuas disputas y hostilidades con los señores que llegaron hasta cogerle prisionero. Rebelóse á su vez el pueblo, degolló á los Judíos, y exigió la deposicion de Don Álvaro, á quien Don Juan abandonó al furor de sus adversarios. De su primera esposa habia tenido á Enrique, el que le sucedió en el trono, de la otra á Don Alfonso y á la célebre Isabel, protectora de Cristóbal Colon.

Enrique IV, príncipe débil y disoluto, juguete de intrigantes y despreciado de todos, se habia enervado hasta tal punto que Doña Juana de Portugal, su esposa, solicitó la nulidad de su matrimonio, por causa de su impotencia. Sin embargo, la reina dió á luz una hija que Enrique reconoció, y además tomó por ministro á Beltran de la Cueva, reputado por padre de aquella niña. Indignados los Castellanos al verle educar para que le sucediese en el trono el fruto de adulterio, se sublevaron, y él nombró heredero á su hermano Alfonso, bajo la condicion de que se casaria con aquella niña, llamada Juana. Esto no impidió que continuase la guerra: los insurrectos procesaron al rey, en forma de maniquí, deponiéndole con ignominiosas ceremonias, sin que Enrique pudiera ven-